

DE TAL PALO, TAL ASTILLA

- Si generalmente los niños y niñas están aburridos en nuestras clases, aprenden únicamente a aburrirse, tanto si el horario es de Matemáticas como de Historia. Lo podemos comprobar por el nerviosismo que hay cuando toca la “sirena” de salida o de recreo.
- Si constantemente han de hacer lo que se les manda, sólo aprenden a ser obedientes y a no investigar las cosas. No aprenden a pensar y, cuando lo comprobamos, le echamos la culpa a la falta de tiempo que tenemos.
- Si les obligamos a aprender, se darán cuenta que adquirir conocimientos es una cosa tediosa y desagradable. Para colmo pedimos que incluso se rían de los “chistes fáciles” que les contamos. De nada sirve que les digamos que el aprendizaje les servirá que “el día de mañana”, ese día está muy lejos.
- Si no les damos libertad, no aprenderán a ser libres y lógicamente actuarán como borregos. Así les hemos hecho.
- Sólo les enseñamos a hacer las cosas de la misma manera y luego nos quejamos de la falta de creatividad que tienen. Les ensañamos a tener miedo a lo nuevo.
- Si sólo les enseñamos cosas inútiles, teóricas y abstractas, muy difícil será que consigamos personas concretas, prácticas y amantes de la investigación. Ellos han aprendido de nosotros y nosotras a realizar cosas sin sentido.
- Si somos nosotros únicamente los que evaluamos, casi poco corriente será que nuestros alumnos y alumnas sepan evaluarse y criticar constructivamente la realidad que nos rodea.
- El niño y la niña ve al docente como éste o ésta quiere ser visto. No nos pueden echar una mano si nos ven perfectos o modélicas. No actuarán con sinceridad si nosotros/as actuamos con doblez. Este aspecto es difícil conseguirlo, pero no se consigue si nunca comenzamos a desmitificarnos delante de ellos o ellas.
- Pedimos generalmente a los chavales que reflexionen, pero queremos que sus conclusiones coincidan con las nuestras. Los que nos “obedecen” son los buenos, los que no “coinciden” con nosotros son los niños y niñas que, por lo menos, tienen problemas de integración. Creo que esto no es muy justo.
- Muchas veces nos sentimos maestros o maestras – milagrosos, sedes de la verdad y de la experiencia. El alumnado debe respetar todo lo que sea el adulto. Es curioso llegar a veces a la conclusión de que pensamos que “nosotros/as siempre queremos el bien de nuestros jóvenes”. Quizás tengamos que revisar esto a fondo si queremos seguir en la escuela.
- Tal como está montada la escuela no pueden sorprendernos los fracasos escolares (¿de los niños y niñas solamente?).

Podemos afirmar sin miedo a equivocarnos que **DE TAL PALO, TAL ASTILLA.**

